



«Sueño de amor eterno» («Peter Ibbetson», 1935), segundo film proyectado en el ciclo que TVE dedica al actor desaparecido, constituye uno de los monumentos del cine de «amour fou». Se trata de una de las más bellas y poéticas historias de amor jamás filmadas. Junto a un Gary Cooper, romántico y juvenil, aparece en la foto Ann Harding.

CUANDO EL HEROE SE QUITA LAS PISTOLAS

GARY COOPER

INICIADO con un «western», «El virginiano», el ciclo que en la actualidad, y durante un total de ocho semanas, Televisión Española dedica a recordar la figura de Gary Cooper, comprende, exactamente, la mitad de títulos dedicados a un género que consumió la cuarta parte de la carrera del actor desaparecido. Sin embargo, y aunque el personaje de «caballero del Oeste» haya sido, quizá, el que más popular haya hecho a Cooper y, en cualquier caso, el que ha hecho que su figura se convierta en leyenda, no acaban en él, ni en él se resumen, el significado y la repercusión de su mito.

Representante máximo de los valores del «defensor» de Occidente, la desgarbada y noble silueta del actor se ha paseado, enfundada en diversos uniformes o, más frecuentemente, en los zahones, chaleco y camisa

ACTOR, ESTRELLA Y MITO



del vaquero o en los clásicos pantalón y americana del hombre medio, del «Juan Nadie» americano, por los más diversos decorados, allí donde hubiera que dejar a salvo los valores del «american way of life». Cooper ha sido, incluso, previo el necesario «transfert», encarnación de un colonialismo de apariencia noble y bonachona «a la europea», y lo mismo era «lan-cero bengalí» en el ejército británico que «Beau Geste» en las arenas del desierto africano, a sueldo, evidentemente, de los franceses. Incluso, cuando la moda y la política americanas aconsejaban el apoyo, sin excesos, a causas de signo contrario, Cooper sería periodista yanqui del lado de los republicanos españoles en «Por quién doblan las campanas».

Pero, en cualquier caso, su personaje era siempre el del hombre puro, cuya integridad le

GARY COOPER

situaba por encima de todos los conflictos raciales, políticos o sociales, y así, si con frecuencia se encontraba entre dos fuegos, la Providencia velaría para que nunca tuviera que optar por una solución comprometida. Si, por ejemplo, vivía una historia de amor con una mestiza —Paulette Goddard, en «Policía Montada del Canadá»; Sarita Montiel, en «Veracruz», al final se casaría con la rubia angelical —Madeleine Carroll en el film de De Mille— o proseguiría su camino en solitario, después de que una oportuna muerte hiciera desaparecer al elemento posiblemente perturbador. Si, en otros casos, había de optar entre dos bandos, siempre ocurriría un accidente de tipo sentimental que hiciera clara la elección, aun cuando ésta, en términos reflexivos, no ofreciera dudas en el sentido contrario. Si, por último, como ocurría en los films de Capra o los que, realizados por otros directores, respondían a los mismos presupuestos, el «espíritu democrático» del héroe, llamárase John Doe o Mister Deeds, corría peligro de ser «utilizado» por las «fuerzas del mal» con aviesos designios, una reacción final, un «speech» altamente bienpensante cerraría, «con broche de oro», la película. Gary Cooper, «westerner» por antonomasia, fue, a lo largo de treinta años de cine, el paradigma del héroe sin tacha, «el orgullo de los yanquis», como lo proclamaba el título de uno de sus films, en el que, a las órdenes de Sam Wood, encarnaba al jugador de «baseball» Babe Ruth.

Ahora bien, si el mito Cooper, en cuanto símbolo antes que estrella y estrella antes que excelente actor, se asentó en este tipo de films, hay que decir que, en un análisis reposado, llevado a cabo a la luz de la perspectiva que permite el paso de los años, es posible una rehabilitación del actor operando en sentido inverso, es decir, colocando al mito en último lugar. Dotado de una «máscara» impresionante, a la que el paso de los años no hizo sino añadir interés al resaltar aristas, Gary Cooper fue, al final de su vida, consciente de cuál había sido su significado. El hombre que en los primeros años del maccarthismo se puso incondicionalmente del lado de los perseguidores, como lo habría hecho cualquiera de sus personajes, para denunciar a aquellos que, incluso siendo amigos suyos, podían ser considerados como «antiamericanos», redactaba en el umbral

PRINCIPIO Y FIN

Treinta y tres años separan estas dos fotos.

En la primera, Gary Cooper da la réplica a Fay Wray en «La legión de los condenados».

En la segunda, y con el mismo entusiasmo, lo hace a Deborah Kerr. Entre ambas, Cooper había sido pareja de Marlene, Barbara Stanwyck, Claudette Colbert...



PAPA HEMINGWAY

En 1932, Gary Cooper había sido, al lado de Helen Hayes, intérprete de la primera versión de «Adiós a las armas».

Desde entonces, el novelista y el actor serían grandes amigos.

Más tarde, en 1943, Cooper volvería a ser intérprete de Hemingway en la versión cinematográfica de «Por quien doblan las campanas», al lado de Ingrid Bergman.

CUANDO EL HEROE VISTE DE UNIFORME

Son muchas las ocasiones en que Gary Cooper ha cambiado las ropas de vaquero por el uniforme de distintas épocas y países.

Colonizador británico en «Tres lanceros bengalies», militar americano en los años de la Independencia en «Los Inconquistables», médico de campaña en «Por el valle de las sombras»; en todos los casos, por el mero hecho de ser el héroe, se daba por sentado que su causa era la justa.



SIEMPRE SOLO ANTE EL PELIGRO

En la ficción y en la vida real, Gary Cooper estuvo siempre «solo ante el peligro». O, al menos, eso pretendía su leyenda.

En la primera foto, el actor junto a la actual princesa de Mónaco en el film que le valió su segundo «Oscar» —el primero lo obtuvo por «Sargento York»—, y en la segunda, corriendo ante una vaquilla, durante su estancia en nuestro país hace una quincena de años.



GARY COOPER

de la muerte unas líneas en las que manifestaba su descontento por haber cooperado, con su labor, a crear la imagen viva del héroe solitario y «justiciero», capaz de hacer triunfar sus ideas por la sola fuerza de su presencia, al margen de su entorno y sin necesidad alguna de ajena colaboración.

Independientemente del significado del personaje Cooper, de su mitificación al amparo del sector «heroico» de su carrera, queda, hoy, el actor fabuloso, extraordinariamente moderno, distanciador, antes de que la palabra se pusiera de moda, capaz de levantar con su actuación tanta mediocridad en la que intervino. Permanece, al margen del héroe, el extraordinario actor de comedia que, a las órdenes de Lubitsch, Borzage o Hawks —«La octava mujer de Barba Azul», «Deseo», «Bola de fuego»—, y al lado de Claudette Colbert, Marlene o Barbara Stanwyck, se situaba a la misma altura de un Cary Grant, maestro del género. El viejo, cansado pionero de tantos films, el decrepito sheriff que, en el crepúsculo de su existencia, impone a sus personajes una nobleza que está muy lejos de alcanzar el «resucitado» Randolph Scott de las películas de Bud Boetticher o Peckinpah. O, remontándonos más lejos, el galán romántico de «Sueño de amor eterno», quizá el más bello de entre los films de «amour fou» de la historia del cine, donde, a las órdenes de un realizador casi indefectiblemente mediocre como Hathaway y al lado de una prodigiosa e irreconocible Ann Harding...

Es a partir de esa espléndida presencia, de ese moderno sentido del juego del actor desde donde se pasa a la conversión del intérprete en estrella, y luego, en virtud antes que nada de exigencias de tipo económico por parte de las productoras, que insisten en servir al público el «producto» cuya demanda está asegurada, cuando llega la formación del mito, del símbolo. La participación que en este proceso pueda tener el hombre, el individuo, es, en último término, mínima. Ante el devorador sistema no cabe, generalmente, más que la asunción lúcida de la propia condición de instrumento o, como en el caso de Marilyn, la tragedia. E, incluso en este caso, habría que preguntarse hasta qué punto, a través de sus films, especialmente de los primeros, el personaje de la actriz desaparecida no fue tan alienante como pudiera serlo el de Cooper.